

represalia contra la heroica Guardia Nacional.»

Y no solamente propuso esto, sino tambien que se aglomeraran los hombres armados de París con el ayuntamiento á su frente sobre las alturas de Menilmontant y fueran á ponerse bajo el amparo de los prusianos, á fin

de que los garantizaran estos y les dejaran libre el camino y franco paso á las regiones de América. Todo esto era absolutamente inútil. La Comunidad se habia desorganizado por sus propias fuerzas interiores, y no habia remedio, sonaba en el reló de los tiempos la inevitable hora de su muerte.

## CAPITULO CVIII.

### POSTRIMERÍAS.

Allá por el veinte de Mayo los sucesos adversos se precipitaban de una manera que solamente los fanáticos ó los ciegos dejarían de ver. Rochefort rogaba á su familia que corriese á su lado á fin de partirse al extranjero. Protot, el ministro de Justicia, era detenido á las puertas mismas de París, vuelto casi por fuerza al centro de la ciudad, y reintegrado en el ejercicio de sus facultades. Lullier corria, seguido de sus numerosos partidarios, por esos cuartos desalquilados, y sin embargo dispuestos y amueblados para recibir al minuto nuevos inquilinos, que abundan mucho en la gran ciudad, y que servian de guarida á los numerosos amigos del célebre marino, todos conspiradores, todos dispuestos á buscar el medio más seguro de abrir una de las puertas á la entrada ya indispensable de las tropas del Gobierno.

Pero al mismo tiempo, los comuneros más exaltados mostraban absoluta confianza en la superioridad de sus fuerzas, en el rigor de su resistencia y en la certeza de su victoria. Las esquinas estaban llenas de despachos como

el siguiente, que decia así: «Neully, doce y quince de la noche, quinientos federales han derrotado en el bosque de Bolonia á más de seis mil versalleses.» El hebertista Vermesch, cuyo periódico era la inmensa letrina de todas las inmundicias morales de París, daba treguas á la vena de sus calumnias para tejer palmas con que ceñir las sienes del general Dombrowski, vencedor en cien batallas ante los muros de París. El domingo veintiuno de Mayo dábase á beneficio de viudas y huérfanos un concierto en el Jardin de las Tullerías. El cielo estaba espléndido, el aire tibio, los árboles verdes, los cercados floridos, las señoras adornadas con sus mejores preseas; y las orquestas henchian los oídos de deliciosas armonías. Mientras sobre la esférica cabeza de las bellas se balanceaban al soplo de Mayo las cintas, las gasas, y las flores: sobre las curvas del arco de triunfo se abrían las granadas con siniestro estrépito y dejaban ligeras nubes de humo en el espléndido horizonte. A las cuatro y media de la tarde subió al tablado de la orquesta un teniente coronel

de la Guardia Nacional y dijo: «Ciudadanos, Mr. Thiers había prometido entrar ayer en París y no ha entrado; no entrará. Os convi-do para el próximo domingo á nuestro futuro concierto.» Grandes aplausos y numerosos vi-vas respondieron á esas jactanciosas palabras. Y cuando el confiado comunero las pronun-ciaba y la entusiasta multitud las aplaudía, los versalleses, los soldados de Mr. Thiers, se encontraban ya dentro de París.

Y sin embargo, el Gobierno lo desmentía. Con el fin de no desarmar á los suyos, el se-vero Delescluze, universal delegado á guerra en la inutilización de todos los militares, ne-gaba cuantas noticias adversas corrían, por fundadas que fuesen, é inventaba noticias fa-vorables aunque no tuviesen ningun funda-mento. La entrada en París era de toda evi-dencia, y la negó con toda seguridad. El vi-gía del Arco de la Estrella y un empleado de alta graduación en las filas de la Milicia co-munera, afirmaban que todo había sido un pánico, y que la puerta de Anteuil estaba for-zada, y que si algunos versalleses se habían presentado, fueron rechazados. «Envío, exclamaba, á buscar once batallones de refuerzo por medio de otros tantos oficiales de Estado mayor, que no los dejarán hasta que los ha-yan conducido á los puestos que deben ocupar.»

Estaban, pues, los versalleses dentro de París desde el domingo veintiuno de Mayo. El desorden interior trajo este resultado ne-cesario. La Comunidad pudo crear una anar-quía completa, es decir, una negación radi-cal; pero no pudo en manera alguna susti-tuir á esta negación sus afirmaciones, ni fun-dar su autoridad. En medio del general des-orden, se desguarnecían los sitios más im-portantes, y se abandonaban los fuertes más formidables. En el día de la entrada, en aquel domingo, tan siniestro para los comuneros, tan favorable á Versalles, no se encontraba ni un sólo miliciano en puestos de tanta im-portancia como los bastiones de Point de

Jour, como la puerta misma de Anteuil. Se-mejante abandono se atribuyó por muchos á traición de Dombrowski, el general polaco, que dió noblemente su sangre y su vida á la demagogia; y el estudio de los hechos auto-riza á atribuirle por causa el desorden y des-organización de la Milicia. Este instituto se halla fundado en el deber, en la obediencia, en la disciplina, y cuando carece de alguno de estos requisitos esenciales á su vida, no cumple con sus fines de vigilar, combatir, perecer heroicamente. Cada día un ministro, cada hora una disposición contradictoria; los ayer en palmas hoy en cárceles; el exaltado á jefe por la calentura de un momento, redu-cido á prisión por el desengaño de un minu-to; las ordenanzas violadas, la disciplina con-cluida; los actos de guerra que necesitan ser impuestos por una autoridad indiscutible y aceptados por una ciega obediencia en tela de juicio; los jefes pasando por delante de sus subordinados con celeridad opuesta al conocimiento de unos por otros, y al presti-gio de todos; y como consecuencia ineludible la derrota y la deshonra. A tropas así no les exijais la gran guerra, porque no obedecerán matemáticamente; ni las marchas con objeto de llegar en cierto espacio de tiempo á un punto determinado, porque no acudirán con oportunidad; ni la resistencia tenaz á un ata-que en regla, porque no tendrán la primera de las fuerzas militares, la cohesión de los soldados entre sí, y la sumisión ciega á su jefe. En campo raso, ante una táctica y una estrategia superiores, todo lo pierden care-ciendo como carecen de lo más característi-co á un ejército, de la regularidad que tienen las máquinas. A esos soldados dejadles, si son españoles, la guerra de los campos libres y de los montes altos; si son parisienses, la guerra de las calles y de las encrucijadas; y les vereis hacer milagros. Allí, sin disciplina y sin jefes, sin necesidad de oír un mandato superior ni de obedecer más que á la expon-taneidad de su instinto, combatirán como

fieras, de desfiladero en desfiladero, y de barricada en barricada hasta morir con la fé de verdaderos mártires.

La entrada de los versalleses tenía algo de fatal. Llegados al pié de los muros debían in-mediatamente ó romper una puerta, ó abrir una brecha, ó intentar un asalto. El ataque general no podía dilatarse. Eran las tres de la tarde del domingo veintiuno de Mayo. Las baterías versallesas dirigían el fuego con más empeño y más puntería que nunca sobre los objetivos de guerra, cercanos á Saint Cloud. De pronto, en un bastión de los más comba-tidos, entre ráfagas de metralla, bajo la ame-naza de las granadas, aparece un hombre que agita en sus manos blanco pañuelo, señal se-gurísima de reconciliación y de paz. Las avanzadas lo advierten; el capitán de inge-nieros Garnier, se arroja enteramente sólo al punto de donde surge la esperanza y se en-cuentra con Mr. Ducatel, antiguo sobrestante de la municipalidad, vecino de aquellos bar-rios, y que enterado á ciencia cierta de cuan-to sucede, y sobre todo del general abandono, indica la facilidad de entrar á pié llano y lo inútil de la brecha ó del asalto. Las tropas del gobierno de la República entran, pues, en el recinto defendido por las tropas del go-bierno de la Comunidad.

Se explica fácilmente la ignorancia de De-lescluze al anochecer de aquel día. París es inmenso. Desde lo que llaman Barrera del Trono hasta lo que llaman puerta de Anteuil, hay una distancia enormísima. Por consi-guiente, en el punto intermedio de esta línea se ignora con facilidad lo sucedido en los ex-tremos. La nueva organización de París, que le ha dado por recinto municipal todo el re-cinto comprendido dentro de las fortificacio-nes, anxionóle como barrios interiores aun-que extremos, poblaciones situadas antes en las cercanías, fuera de su municipio. Entre estas poblaciones se encuentran las que aca-baban de ser ocupadas por las tropas; aquel Anteuil grato á Lafontaine y á Moliere; aquel

Passy donde vivieron Rossini y Lamartine, verdaderas campiñas llenas de quintas, de vergeles, de rústicos caseríos en el seno de grandes capitales, anuncio de la vida por ve-nir que enlazará la libertad de los campos con la asociación de las ciudades.

Pero el veintiuno por lo noche ya no pu-dieron dudar los comuneros de la tristísima realidad. Así el veintidos apareció por las es-quinas la siguiente proclama de los últimos miembros de aquella Junta de Salvación pú-blica que había tomado este nombre, con ánimo sin duda de salvarlo todo, y todo lo había tristemente perdido:

«Ciudadanos: La puerta de Saint-Cloud, sitiada por cuatro partes á la vez, por los fuegos del Mont-Valerien, del alto de Mont-martre, de los Molineaux y del fuerte Issy, que la traición entregó, ha sido forzada por los versalleses, que se han extendido sobre parte del territorio parisiense.

«Este revés, lejos de abatirnos, debe esti-mularnos. El pueblo que destrona reyes, que destruye Bastillas, el pueblo de ochenta y nueve y noventa y tres, el pueblo de la Re-volución, no puede perder en un día el fru-to de la emancipación del diez y ocho de Marzo. Parisienses, la lucha empeñada no podrá ser abandonada por nadie, porque es la lucha de lo porvenir contra lo pasado, de la libertad contra el despotismo, de la igual-dad contra el monopolio, de la fraternidad contra la servidumbre, de la solidaridad de los pueblos contra el egoísmo de los opreso-res.»

«¡A las armas! Que París se herice de bar-ricadas, y que detrás de estas murallas im-provisadas arroje á sus enemigos su grito de guerra, grito de orgullo, de desafío, pero tam-bien grito de victoria; porque París con sus barricadas es inexpugnable.

«Que las calles se desempiedren, porque los proyectiles enemigos cayendo sobre la tierra son menos peligrosos, y porque las piedras, nuevos medios de defensa, deben